

Narrativa A partir de una estancia en Nevada con su familia, Bernardo Atxaga registra su experiencia sin desprenderse de los vínculos con el País Vasco

Los hilos de la mente

Bernardo Atxaga
Días de Nevada
Traducción de Asun Garikano y el autor

ALFAGUARA
408 PÁGINAS
19,50 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Por encima de los distintos registros que aparecen en las sucesivas novelas de Bernardo Atxaga (Astasu, Gipuzkoa, 1951) está la poderosa vocación de contador de historias. Se inauguró con el ya clásico *Obabakoak*; se mantiene en cada uno de sus libros y está presente de forma muy especial ahora, en *Días de Nevada*, título con un doble significado. Días de nieves por supuesto y, más que días, meses, en Reno, en el estado de Nevada, donde estuvo como *visiting writer* del 28 de agosto del 2007 al 20 de junio del 2008. Le acompañaban su mujer, Ángela, y sus dos hijas, Izaskun y Sara. Allí entra en contacto con personas como Mary Lore Bidart, directora del Center for Basque Studies, y su marido, Mannix, un hombre de ciento ocho kilos; Dennis, uno de los responsables informáticos de la Universidad; su vecino Bon Earle, que se jubiló tres años antes y la sobrina de este, Natalie. Un papel especial juegan los Laxalt, familia de escritores de origen vasco. Esto nos lleva a otro rasgo

de la escritura de Atxaga: los vínculos con el País Vasco que encuentra entre determinados países, un lazo que aquí se establece de distintas formas: a través de las llamadas telefónicas a su madre y, sobre todo, a través de los recuerdos. La novela está concebida como una especie de diario, con fragmentos de muy distinta naturaleza: los mensajes a L., las mencionadas llamadas a su anciana madre, las anécdotas que rescata del pasado. Por su parte, los sueños subrayan la sensación de extrañeza o irrealidad que con frecuencia afecta también a un presente siempre agitado y en el que nos acompañan un elusivo mapache, un búho, serpientes de cascabel, arañas negras, hermosos caballos salvajes, "un símbolo vivo del Oeste americano", o los *blue-birds*. Nos movemos entre la felicidad y el presagio de muerte.

Cada sección tiene su propia autonomía pero los distintos motivos se van relacionando en un viaje al mismo tiempo concreto e irreal, y dominado por el desierto. A las distintas aventuras se unen dos temas

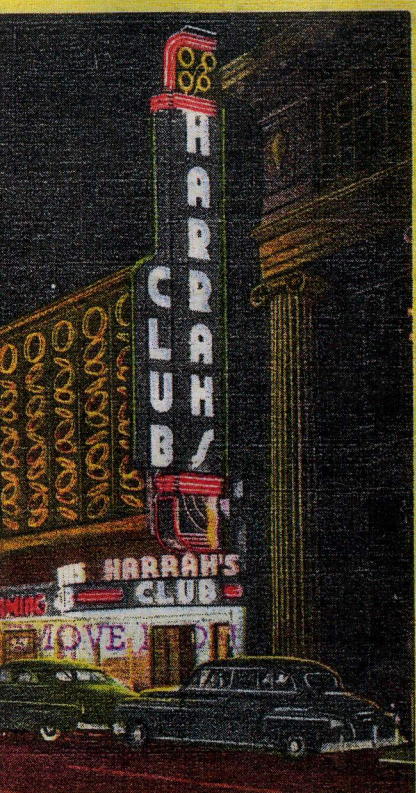
centrales con la tensión propia de la novela policiaca: la desaparición del piloto Steve Fossett, famoso en Estados Unidos por sus hazañas en deportes de riesgo, y una serie de violaciones que culmina con el rapto y la muerte de Brianna Denison, casos ambos que se prestan a infinitas hipótesis y que no se resolverán hasta el últimísimo capítulo, *Noticias (Post Scriptum)*. Los amigos y la familia tienen una presencia determinante y sirven de puente entre presente y pasado, entre

Nevada y Gipuzkoa. Tenemos la frecuente presencia del inglés (frases, fragmentos literarios o de letras de canciones), incluida la frase más utilizada en tipografía, porque tiene todas las letras del alfabeto, *The quick brown fox jumps over the lazy dog* (el equivalente inglés de nuestro pangrama hoy ya olvidado *jovencillo emponzoñado de whisky: ¡qué figurota exhibe!* que se usaba para comprobar el buen funcionamiento de las teclas de las máquinas de escribir). Y la presencia del



Imagen antigua de Reno (Nevada, EE.UU.)

GETTY IMAGES



9B-H1730

vasco, pues son muchas las personas que no hablan castellano, incapaces incluso de entender el ¡Kra! ¡Kra! de los cuervos que nos señalan el camino.

En *Días de Nevada* hay, inevitablemente, altibajos, al tratarse de una sucesión muy variada de situaciones que no todas interesan del mismo modo al lector. Sin embargo no puede hablarse de dispersión sino de acumulación de sorpresas. El personaje más rico y entrañable es la madre, a la que

Atxaga rinde homenaje, no con la fácil sensiblería del hijo sino con la admiración por la mujer, la joven maestra con “una alegría infantil que la llevaba a contar historias”. El ambiente de pobreza en que han nacido despierta en la familia una conciencia social que es otro de los temas centrales del libro: a comienzos del siglo XX, “no había transformaciones ni mejoras personales en los lugares pobres, no al menos en las zonas más rurales del País Vasco”, y, en la España de la posguerra, “una mayoría de psiquiatras siniestros, con Antonio Vallejo-Nájera a la cabeza, defendían públicamente el estrecho vínculo entre el marxismo y la inferioridad mental”. En cuanto al presente, “estábamos en un país en guerra. Habían pasado cuatro años desde que George Bush decidiera la invasión de Irak y las bajas del ejército americano se contaban por miles”.

El libro se ve enriquecido con las páginas dedicadas al boxeo, con un feroz retrato de Paulino Uzcudun. Y también a la literatura, con un oportuno homenaje al escritor mexicano Daniel Sada, pues pocos han entendido el desierto como él; a las canciones de la época, entre otras *Sapore di sale*, de Gino Paoli, o *Azzurro*, en la versión de Adriano Celentano, una de sus favoritas; y al periodismo, con el *Reno Gazette-Journal* que nos acompaña a lo largo de todo el libro. Atxaga sabe entretener, conmover y dar a la autobiografía todo el encanto de lo ficticio, como puede verse en piezas tan variadas como *Viaje a Italia (Recuerdo)*, *Brianna Denison, Kayenta (Arizona)*, *Orilla del río Truckee* o *Izaskun está en Eibar*. |